Carta latina de Colom - Sanxis

Autor:
Data de publicació: 19-11-2018

Debido a que las interpretaciones muy buenas han tenido éxito, sé que será agradable para usted: he decidido relatarlas, para que pueda conocer todo lo que se ha hecho y lo que descubrió en este nuestro viaje: En el trigésimo tercer día después de partir de Cádiz, llegué al mar de la India, donde encontré muchas islas habitadas por un sin número de hombres, tomé posesión por nuestro rey más afortunado, con pregoneros heraldos y estandartes, sin una objeción. Para el primero de ellos di el nombre del bendito Salvador, de cuya ayuda confiaba que había llegado a este y a las otras islas. Pero los indios lo llaman Guananhany. También llamé a cada uno de los otros por un nuevo nombre. Porque ordené que una isla se llamara Santa María de la Concepción, otra Fernandina, otra Isabella, otra Juana, y así sucesivamente con el resto.

Tan pronto como llegamos a la isla que acabo de llamar Juana, continué a lo largo de su costa hacia el oeste por una cierta distancia; lo encontré tan grande y sin un final perceptible, que creí que no era una isla, sino el país continental de Cathay; viendo, sin embargo, que no hay pueblos o ciudades situadas en el mar, pero sólo algunos pueblos y granjas rudas, con cuyos habitantes no puedo conversar, porque tan pronto como nos vieron huyeron. Seguí avanzando, pensando que descubriría alguna ciudad o grandes residencias. Por fin, al ver que habíamos llegado lo suficientemente lejos, que no había nada nuevo, y que este camino nos llevaba hacia el norte, lo cual deseaba evitar, porque era invierno en la tierra, y era mi intención ir al sur, además los vientos se estaban volviendo violentos, por lo tanto determiné que no había otros planes practicables, y así, regresando, volví a cierta bahía que había notado, desde la cual envié a dos de nuestros hombres a la tierra, que ellos podría averiguar si hubo un rey en este país o en alguna ciudad. Los hombres viajaron durante tres días, y encontraron personas y casas sin número, pero eran pequeños y sin ningún gobierno, por lo tanto regresaron.

Mientras tanto, había aprendido de ciertos indios, a los que había agarrado allí, que este país era realmente una isla, y por lo tanto procedí hacia el este, manteniendo todo el tiempo cerca del costo, por 322 millas, hasta los extremos de esta isla. Desde este lugar vi otra isla al este, distante de esta Juana 54 millas, que llamé inmediatamente a La Española; y yo navegué hasta allí; y me dirigí a lo largo de la costa norte, como en Juana, hacia el este, 564 millas.

Y la dicha Juana y las otras islas allí parecen muy fértiles. Esta isla está rodeada por muchos puertos muy seguros y anchos (…) Muchos ríos grandes y saludables fluyen a través de él. También hay muchas montañas muy altas allí. Todas estas islas son muy bellas y se distinguen por diversas cualidades; son accesibles y están llenos de una gran variedad de árboles que se arrastran hasta las estrellas; las hojas de las que creo que nunca se pierden, porque las vi verdes y florecientes como suelen ser en España en el mes de mayo; algunos de ellos florecían, otros daban fruto; algunos estaban en otras condiciones; cada uno estaba prosperando a su manera. El ruiseñor y varias otras aves sin número cantaban, en el mes de noviembre, cuando los estaba explorando. Además, en la mencionada isla Juana, siete u ocho tipos de palmeras, árboles, que superan a los nuestros en altura y belleza, al igual que todos los demás árboles, hierbas y frutas. También hay excelentes pinos, extensas llanuras y praderas, una variedad de aves, una variedad de miel y de metales, excepto el hierro.

En la que se llamaba La Española, como dijimos antes, hay montañas grandes y bellas, vastos campos, bosques, llanuras fértiles, muy aptos para plantar y cultivar y para la construcción de casas (…) Los árboles, pastos y frutos de esta isla difieren mucho de los de Juana. Esta La Española, además, abundan en diferentes tipos de especias, en oro y en metales. En esta isla, de hecho, y en todas las otras que he visto, y de las que tengo conocimiento, los habitantes de

ambos sexos van siempre desnudos, tal como vinieron al mundo, excepto algunas de las mujeres, que usan una cubierta de una hoja o algo de follaje, o una tela de algodón, que ellos mismos hacen para ese propósito. Todas estas personas carecen, como dije antes, de todo tipo de hierro; también están sin armas, que de hecho son desconocidas; ni son competentes para usarlos, no a causa de la deformidad del cuerpo, porque están bien formados, sino porque son tímidos y están llenos de miedo. Sin embargo, llevan armas para cazar (…) Distribuí todo lo que tenía, telas y muchas otras cosas, sin retorno a mí; pero son por naturaleza temerosos y tímidos.

Colón se presenta ante los Reyes Católicos al regresar de su viaje

Sin embargo, cuando perciben que están seguros (…) son de modales sencillos y dignos de confianza, y muy liberales con todo lo que tienen, no registran a nadie que solicite algo que puedan poseer e incluso ellos mismos nos invitan a pedir cosas. Muestran un mayor amor por todos los demás que por ellos mismos; dan cosas valiosas por pequeñeces (…) Estas personas no practican ningún tipo de idolatría; por el contrario, creen firmemente en toda fuerza y poder (…) Tan pronto como llegué a ese mar, tomé por la fuerza a varios indios en la primera isla para que pudieran aprender de nosotros (…) En todas estas islas, cada hombre está contento con una sola esposa, excepto los príncipes de los reyes, a quienes se les permite tener veinte. Las mujeres parecen trabajar más que los hombres (…) No encontré monstruosidades entre ellos, como muchos suponían, sino hombres de gran reverencia y amigos. Ni son negros como los etíopes. Tienen el pelo liso, colgando hacia abajo. No permanecen donde los rayos solares envían el calor, porque la fuerza del sol es muy grande aquí, porque está distante de la línea equinoccial (…)

No tenía conocimiento de ellos en ninguna parte excepto una isla llamada Charis, que es la segunda en pasar de La Española a la India. Esta isla está habitada por ciertas personas consideradas muy belicosas por sus vecinos. Estos comen carne humana. Dichas personas tienen muchos tipos de botes de remos, en los que cruzan a todas las otras islas indias, y se apoderan de todo lo que pueden. Difieren de ninguna manera de los demás, sólo que llevan el pelo largo como las mujeres. Usaron arcos y dardos hechos de cañas, con ejes afilados sujetos al extremo más grande, como hemos descrito. Por este motivo, se los considera guerreros, por lo que los demás indios están afligidos por un miedo constante, pero no los considero más importantes que los demás. Estas son las personas que visitan a ciertas mujeres, que viven solas en la isla de Mateunin, que es la primera en pasar de La Española a la India. Estas mujeres, además, no realizan ningún tipo de trabajo de su sexo, ya que usan arcos y dardos (…) Cuentan de otra isla más grande que la antedicha La Española, cuyos habitantes carecen de pelo, y que abunda en oro sobre todo los demás. Traigo hombres de esta isla y de los otros que he visto, que dan prueba de las cosas que he descrito (…) Verdaderamente grande y maravilloso es esto, y no corresponde a nuestro méritos, sino a la santa religión cristiana (…) Lisboa, el día antes de los idus de marzo.